

LA ETNOHISTORIA EN LA ARGENTINA: ANTECEDENTES Y ESTADO ACTUAL

*Miguel Angel Palermo **

Como tantas otras historias argentinas, la de la Etnohistoria en nuestro país es complicada. En primer lugar, porque aunque sus orígenes locales se remontan a los primeros tanteos de la Antropología nacional, al mismo tiempo su desarrollo es discontinuo y relativamente corto. En segundo lugar, porque esta "táctica de investigación", como la definió John Murra, ha sido manejada por gente proveniente de distintos campos. En tercer lugar porque se la ha empleado con objetivos diversos. Y por último —aunque esto no es excluyente de nuestro país—, porque existen diversas definiciones acerca de su sentido. Pero vayamos por partes.

Los antecedentes de la Etnohistoria en la Argentina, decíamos recién, aparecen desde un comienzo en los pioneros de la Antropología local: Lafone Quevedo, Ambrosetti y Boman ya echaron mano de documentos históricos en busca del esclarecimiento de problemáticas vinculadas con la Arqueología del NOA. Esta tendencia continuó durante la primera mitad del siglo XX, reforzada por una creciente disponibilidad de fuentes publicadas por los historiadores, con la obra —entre otros— de Levillier, Torre Revello y Furlong; pero no lo hizo de una manera orgánica ni continua: en última instancia, se trataba muchas veces —y en especial en el caso de los investigadores del NOA— de arqueólogos que circunstancialmente requerían apoyo documental para un trabajo en su esencia basado en otra forma de abordar la realidad. Esta tarea de correlacionar las fuentes históricas con la Arqueología —en sí valiosa— se vio sin embargo resentida al no utilizarse en ese entonces técnicas que permitieran delinear una cronología más o menos certera

* *Miguel Angel Palermo*, CONICET — Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", Moreno 350 (1091) Buenos Aires.

de las sociedades prehispánicas del área andina argentina (pese a que ya en 1913 se había aplicado el método estratigráfico en México); de este modo se llegó a algunos abusos interpretativos, evidentes por ejemplo en Márquez Miranda, quien vinculó desafortunadamente información del siglo XVI con los restos de sociedades que realmente se remontaban a muchos siglos atrás.

Por otra parte, para el NOA no todo fue labor de arqueólogos buscando auxilio documental; en tal sentido debemos recordar los análisis de fuentes vinculadas con lo incaico que hizo José Imbelloni (el tema de las cuatro edades del mundo en 1934 y el "Incario crítico" en 1939) y la publicación del vocabulario milcayac del Padre Valdivia que llevó a cabo Márquez Miranda en 1943.

Paralelamente a estas actividades, Félix Outes había acudido a la documentación histórica en relación con temas del Sur del país, y durante su gestión al frente del Museo Etnográfico en Buenos Aires, a lo largo de la década del 30, reunió un importante reservorio de copias de papeles de archivos europeos y, en menor medida, del Archivo General de la Nación. Después de su muerte, su sucesor Francisco de Aparicio continuó un tiempo esta tarea de acopio e incluso publicó algunos de estos documentos. Pero con la cesantía de Aparicio en 1946 esto se interrumpió definitivamente, e incluso aquel *corpus* documental cayó prácticamente en el olvido por décadas. Sin catálogo ni ordenamiento (que estamos encarando ahora), quedó fuera del conocimiento de la mayoría de los investigadores y posiblemente durante muchos años Horacio Difrieri haya sido el único en usarlo.

En los años del 30 y del 40 encontramos también casos de abordaje etnohistórico. Uno de ellos es el de Milcíades Vignati, que desde 1930 y por cuatro décadas rastreó documentos y obras de cronistas y viajeros —en buena parte correspondientes a las regiones pampeana y patagónica— y también publicó algunos de ellos, anotándolos y comentándolos con su peculiar estilo ácido (que a veces parece fundamentalmente interesado en desacreditar a sus colegas). Otro caso es el de Salvador Canals Frau, que durante la década del 40 frecuentó la documentación concerniente a la Patagonia y el Sur de Cuyo. También cabe mencionar para este período algunos trabajos de Alfred Métraux para grupos surcuyanos y de otras regiones del país.

Pero a partir de la década siguiente encontramos que la Etnohistoria, hasta el momento con cierto impulso aunque discontinuo, se desacelera y se estanca por unos veinte años: el análisis de la documentación histórica en Antropología cae en el descrédito entre muchos investigadores y su uso se hace muy restringido. En esa etapa, los avances técnicos junto con una mejor inteligencia del tema, ya han permitido proponer una cronología afinada del

NOA prehispano, que vino a echar por tierra anteriores asociaciones entre fuentes y restos arqueológicos.

De esta manera, por bastante tiempo, registramos escaso movimiento en la especialidad, con ciertas excepciones entre las que podemos citar los valiosos trabajos de Aníbal Montes sobre encomiendas y rebeliones calchaquíes, algunos enfoques de Ciro R. Lafón para el NOA y la obra de Rodolfo Casamiquela, quien desde fines de los años 50 buceó en la documentación buscando esclarecer las líneas étnicas de la compleja maraña de pueblos pampeano-patagónicos.

A fines de la década del 60 se difunden en nuestro país los trabajos de John Murra para el área andina, que traían una perspectiva novedosa y el prestigio de la consagración internacional. Murra, pese a moverse esencialmente en los archivos, no vacilaba en acudir a la Arqueología para aclarar puntos oscuros (hacía así un camino inverso al de las viejas investigaciones locales, donde se consultaban los documentos para aclarar dudas surgidas en el trabajo arqueológico). Desde ese momento, su influencia, débil al principio, se fue extendiendo por el medio académico y no solamente en el ámbito antropológico sino también en el de la Historia.

Pero muy pronto, las persecuciones que desató el gobierno militar obligaron a cantidad de investigadores a someterse al exilio local o externo, con la consiguiente interrupción de muchas líneas de trabajo. Así es como durante el llamado "Proceso" se aprecia todavía una relativamente limitada actividad etnohistórica. Podemos mencionar aquí, para el Sur del país, la continuación de los trabajos de Casamiquela y los de María Teresa Boschín y Lidia Nacuzzi, además del análisis de Alberto Rex González sobre los coletos patagónicos y sobre la práctica del *suttee* entre los ranqueles; para Cuyo, los estudios de Catalina Michielli y para el NOA la investigación de Horacio Difrieri, ex discípulo de Aparicio, para la obra que acompañó la desventurada "restauración" de Quilmes.

El mayor impulso dado a la Etnohistoria en nuestro país ocurre sin duda en la década del 80, especialmente desde la restauración democrática, y se manifiesta no solo en la cantidad de investigaciones sino en su continuidad.

En 1984 Lorandi (que viene de cursar seminarios en Francia con Nathan Wachtel en 1976) constituye el primer grupo formal de Etnohistoria cuando asume funciones como directora del Instituto de Ciencias Antropológicas (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). En la nueva Sección Etnohistoria del Instituto, que contará con subsidios del CONICET, han confluído hasta hoy estudiantes y graduados, con el apoyo de cargos de investigación y becas

de la UBA y el CONICET, orientados fundamentalmente a tratar la problemática surandina. Entre quienes integraron o integran aún este grupo, podemos nombrar alfabéticamente a Roxana Boixadós, Cora Bunster, Rodolfo Cruz, Juan Pablo Ferreiro, Ana María Presta, Mercedes del Río, Ana Schaposchnik y Sara Sosa Miatello; Lidai Nacuzzi, incorporada posteriormente, se dedica en cambio al área pampeano-patagónica. Esta actividad encuentra correlato en la Cátedra de Sistemas Sociales y Económicos de América II, a cargo de gente del equipo, al tiempo que la problemática etnohistórica se abre paso en la revista *Runa*, publicada por el Instituto (hoy coeditada con el Museo Etnográfico).

Pero el área andina además es objeto de estudios etnohistóricos por parte de otros investigadores: en el mismo Instituto, Martha Ottonello, con Gustavo Paz y Florencia Roulet (quien, por su parte, también se ha dedicado al estudio de las antiguas sociedades guaraníes); en el Museo Etnográfico, Pedro Krapovickas y su equipo (Puna oriental), José Antonio Pérez Gollán (simbolismo andino) y Myriam Tarragó (con proyectos en el valle Calchaquí y en Tilcara, en asociación con Guillermo Madrazo y con participación de Sandra Sánchez y Gabriela Sica); en Salta, Guillermo Madrazo y su equipo, con Sara Mata de López; además, Alberto Rex González (el funcionamiento de Chicoana y la evolución de la religión en el NOA), Margarita Gentile (Puna) y Gastón Doucet (encomiendas).

Otras áreas también han sido abordadas desde esta perspectiva: en Buenos Aires, las regiones pampeano-patagónicas fueron así objeto de enfoques etnohistóricos por dos arqueólogos con incursiones en este campo: Eduardo Crivelli Montero, del CAEA, y Rafael Goñi, del Instituto Nacional de Antropología; además tocaron temas del área Ricardo Nardi, también del INA, Gladys Ceresole y Leonor Slavsky, y en el Museo Etnográfico, Miguel Angel Palermo. En San Juan, las sociedades cuyanas del siglo XVII son estudiadas por Catalina Michielli y Alicia Sánchez; en Mendoza, María del Rosario Prieto y su equipo analizan la geografía histórica y las fronteras del Sur de la provincia; en Córdoba, Josefina Piana se ocupa de las sociedades indígenas cordobesas en los siglos XVI y XVII; en Resistencia, Graciela Guarino se dedica a los mocovíes; en Rosario, Griselda Tarragó encara la Etnohistoria de Santa Fe; en Mar del Plata, Diana Mazzanti trata la zona de Tandilia y, en el Comahue, Gladys Varela de Fernández y Alicia Biset estudian el NO neuquino.

Pero además, como veíamos antes, la Etnohistoria ganó adeptos entre los historiadores, y así es como encontramos, por ejemplo, los aportes de Juan Carlos Garavaglia (con temática que se enlaza con la Etnohistoria del

NE y del NOA) y de Raúl Mandrini (Pampa-Patagonia), ambos con sede en Tandil; los trabajos de Enrique Tandeter sobre área andina; los de Daniel Santamaría (sobre la misma área y también aspectos teóricos) y de Martha Bechis (Pampa), ambos en el Instituto de Sociología en Buenos Aires; algunos estudios de Ricardo Rodríguez Molas sobre la conquista, además de su preparación de una guía de fuentes, y los de Silvia Palomeque en Córdoba.

Los avances de la Etnohistoria local se reflejan, a todo esto, en las reuniones científicas. En 1984 se realiza en San Juan la Iª Reunión de Protohistoria/Etnohistoria Sudamericana, con participación de investigadores argentinos, brasileños y chilenos, donde se discuten los conceptos de Protohistoria y Etnohistoria y las relaciones entre ésta y la Historia. Al año siguiente, la problemática se incluye dentro de uno de los simposios del VIIIº Congreso Nacional de Arqueología, y en 1989 se lleva a cabo en Buenos Aires el Iº Congreso Internacional de Etnohistoria.

Decíamos al comenzar que varios factores hacían compleja la trayectoria de la Etnohistoria en la Argentina. Ya vimos el primero, aquel de su accidentado desarrollo, con altibajos y discontinuidades hasta la década del 80. Otro, el de la disímil proveniencia de quienes se dedican a estas cuestiones, quedó en evidencia al recapitular las actuales investigaciones, donde confluyen antropólogos e historiadores; y aquí debemos destacar que dentro de los primeros también existe diversidad, ya que muchos vienen de la arqueología (o incluso siguen practicándola) pero los restantes son totalmente ajenos a la misma.

Con esto último se relaciona en parte el tercer factor antes enunciado, que era la finalidad del abordaje etnohistórico, porque aquí caben distintas posiciones que van desde el uso de las fuentes como apoyo para corroborar o aclarar problemas arqueológicamente planteados, pasando por la realización de comparaciones entre distintas sociedades (conocidas unas por la Arqueología y otras por las fuentes documentales) hasta el estudio de las sociedades desarrolladas en tiempos coloniales o republicanos y no tratadas por la Arqueología.

Finalmente, una cuestión aún no totalmente resuelta —y esto no solamente en el medio local— es el de la definición de Etnohistoria. Aunque existe cierto consenso en algunos ámbitos, creo que aún falta una discusión a fondo del problema y hay escasos trabajos sobre el mismo publicados en el país, excepto uno de Lorandi y Rodríguez Molas aparecido en *Etnia* y otro de Santamaría que editó *Desarrollo Económico*, ambos de 1985 (existe también una valiosa compilación de Juan Manuel Pérez Zeballos y José Antonio

Pérez Gollán, *La etnohistoria en Mesoamérica y los Andes*, publicada en México en 1987, desgraciadamente muy difícil de conseguir aquí). Hay varias preguntas por contestar; veamos algunas.

La Etnohistoria. ¿es "historia indígena", como suele decirse? Si se acepta esto, ¿qué se entiende por tal? ¿Significa que la historia de las sociedades indígenas tiene una naturaleza diferente del resto? En caso contrario, si solo se trata de un capítulo de la Historia Social (caracterizado por datos de características especiales), que no se separa de otros procesos más amplios. ¿por qué es una incumbencia de antropólogos y no ha de quedar en manos de historiadores? Personalmente, considero que, como propone Murra, la Etnohistoria es una táctica de investigación y —como plantea Santamaría— consiste en la lectura antropológica de las fuentes históricas; seguramente gran cantidad de especialistas coinciden con esta apreciación, pero falta todavía un debate explícito al respecto.